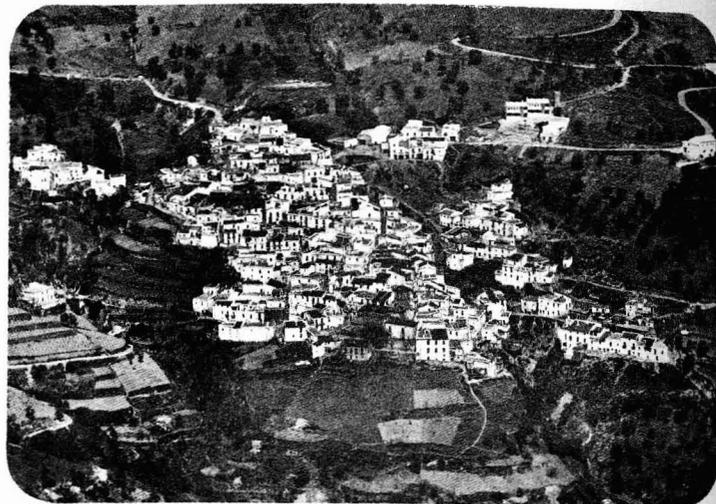
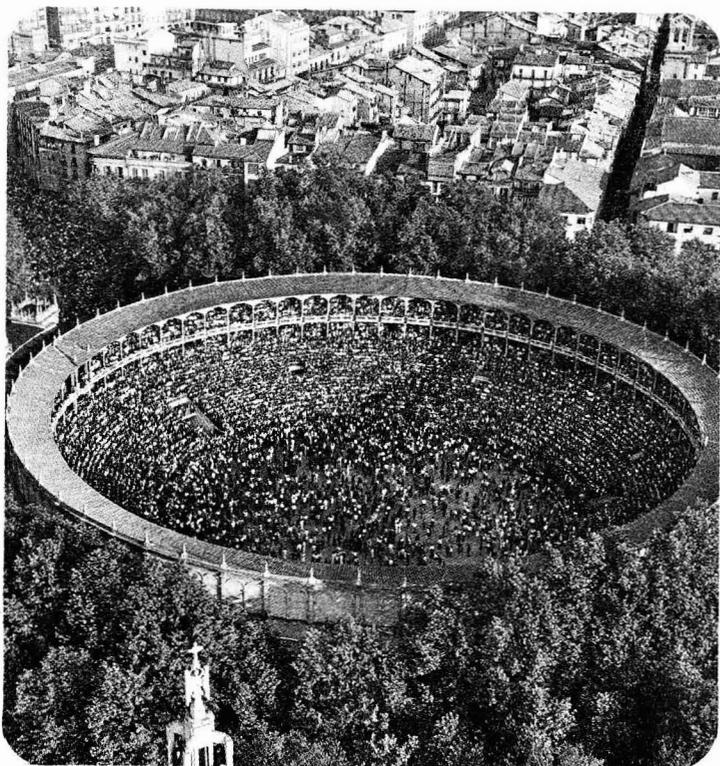


BLAS DE OTERO

REFORMA AGRARIA

Aquí nos exhibimos tal como somos, en la feria colorista. Donoso retablo de maese Pedro, bajo el dindón de las campanas, atabales de la tarde de toros, chirimías y carruseles verbeneros. ¡Hermosa tierra de España! Campo de soledad, éxodo hacia la ciudad, emigración hacia improbables países. El campo y sus anchas espaldas. La boca desdentada. El santo campo blanqueado. Estático. ¿Los siglos? Sombras van. Se nos apareciese en esta llanura el rancio arlequín de Don Quijote, no fingiríamos asombro. Se moviese por estos campos gente armada de la Santa Hermandad, no duraríamos un momento. Adviniese por ese sendero algún familiar del Santo Oficio, estamos curados de espanto.



PAIS

La guitarra rasga la penumbra del zaguán, una mano crispada surge entre las rejas, pende en el cielo la camisa de los Fusilamientos.

El caballo bate sobre la testuz del toro, una capa rosada derramada en la arena, en alto la lanza apócrifa de Breda.

Llueve hacia el noroeste, se escurre la tinta de las capitulares añosas de Flor de Santidad. Saudade. Minifundios fútiles. Lacios emigrantes.

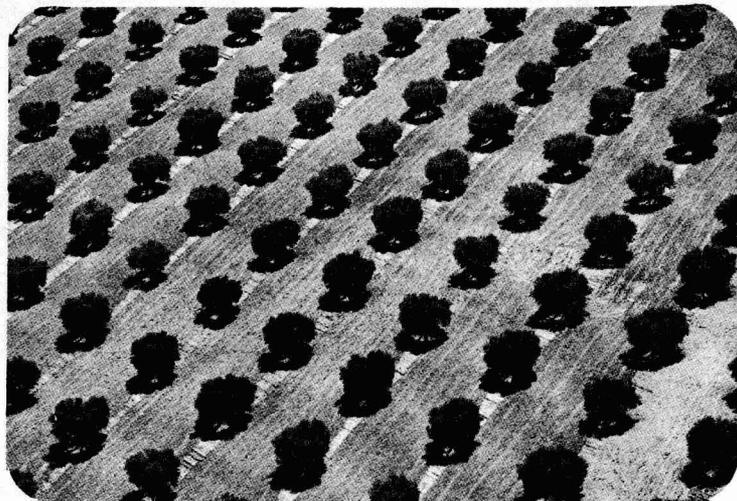
Cruces, medallas. Bandas militares azules, grosellas, cruzando los tórax oxidados. Suena el himno. Pendones de las Cofradías disfrazan el asunto. Trento. Lepanto. Sobre cubierta, bandea el Jesús del Gran Poder. Angustias. Vinillo.

—Buenos días, señor director. —Enseguida, señor director. —Qué amable ladrón el señor director. Marineros como muñecos de mueca macabra. Santo domingo toda la semana. Vietnam hasta cuándo. Guiñol infernal.

Soria pura. Esfera lunar. Paciencia:
... al enemigo dais vida,
y a toda Numancia muerte.

La guitarra araña la sombra del zaguán; en el cielo, los ojos crispados de Saturno devorando a sus hijos.

HISTORIAS FINGIDAS Y VERDADERAS



EL VAGAMUNDO

Qué bellas costas, grandes corolas anaranjadas, arrecifes como roñosas navajas de afeitar, cedros redondos ostentosos. Partió al amanecer, cuando la brisa silbaba en el bauprés y las olas murmuraban unas de otras y un albatros chilló bajo el peso del cielo.

Le atrajo el Mar Amarillo, dibujó sus litorales y rozó sus islas, salió al Mar del Japón y adentró sus puertos y ensenadas, pasando luego al mar de Ojotsk por un viraje imprevisto de los vientos.

Cuando entró en Hiroshima comenzaba a clarear. Los altos edificios del centro de la ciudad se ladeaban imperceptiblemente en el pálido celeste.

Aquí de Elio Adriano
de Teodosio divino,
de Silio, peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.

Ningún vestigio resta de aquello, apenas unas ruinas bien atendidas. Mas todavía algunos seguirán muriendo, se engendrarán otros con el terrible estigma.

El mar traslada sus tiendas, esplende este mediodía como el espejo con que juega un niño, una página del atlas se agita un instante en la rodilla del vagamundo.



EL AIRE

El aire mueve levemente las páginas del libro, es ésta una de sus misiones principales; desconfiad del libro encerrado en sí mismo, de las sabias o hermosas palabras que se agostan al simple contacto del aire.

El aire cambia sus billetes a cada paso, billetes verdes del mar con la vuelta de las olas, monedas de cobre del otoño a nuestro paso matinal por el Luxemburgo.

El aire es la imagen de la libertad, sin estatuas tramposas ni antorchas trasnochadas. Balancea las altas ramas de las palmas a 90 millas de los miserables millonarios.

El aire es sabiduría y música del entendimiento. No hay diálogo posible si el aire falta, entonces la atmósfera se enrarece y el ciudadano se entontece.

El aire abre y cierra las puertas del campo, coloca los colores de su orquídea correspondiente, limpia la plata en la vidriera del cielo.

Las chicas chinas pían en el patio, el aire viene hecho polvo desde Mongolia.

Aquí cae el aire y se levanta siguiendo los accidentes de la meseta castellana. Que por mayo era cuando canta la calandria, y

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada . . .